

OBSERVADORES

PRIMER OBSERVADOR

Hay veces que mi madre me cabrea. Si hay algo que no soporto es llegar de clase y encontrar la nevera vacía. No hay más que verdura, refrescos, salsa de tomate, tres huevos y un bote de maíz abierto hace una semana. Ni un yogur, ni pan, ni carne de mediodía, ni siquiera algo de leche para hacerme un colacao, joder. ¿De qué va esta mujer? Y luego me vendrá con que mi responsabilidad tal y mi futuro cual cuando me presente en casa con algunos cates que ni siquiera son culpa mía, sino del gordo ése, que me tiene manía.

En la tele no hay más que programas de sillars. Al principio era divertido escuchar a todos esos payasos contando su vida. Pero hace tiempo que me cansé de escuchar una vez tras otra las mismas historias. La mitad son cornudos o corneadores, si no las dos cosas, y el resto va dividido entre travestidos, obesos mórbidos y horteras. Es patético. Y tengo hambre, joder.

Toda la tarde solo en casa. De haberlo sabido les digo a los colegas que se viniesen con la playstation y algo de jalar. Me muero del asco... Maíz, tomate y al microondas. Qué ascazo.

Once y cuarto. Desde la ventana de mi cuarto veo un coche que no me suena entrando en el jardín. ¡Anda que no! Un viejo está trayendo a mi madre. Y los dos sonrén como bobos. Esto sí que es demasiado. Como me diga que voy a tener un nuevo papá le voy a potar en el parqué. Je. Eso le iba a joder. En el parqué.

Quita, quita... que el viejo se le está acercando. Y mi vieja no se aparta, mierda. Por dios amá, no. No hagas eso.

Bien, amá, bien. Ahí te he visto rápida. Tapando esa bocaza arrugada con la mano. Claro que también te podías dar un poquito más de vida quitándole los dedos de los labios, ¿o qué?

Quédate con la cara de bobo que se le ha quedado al pavo. Uy, qué serio... vaya pena me da usted, buen hombre. Fíjate que triste. Como arquea las cejas el pobrecito, parece una de estas postales con perritos. De fijo que ahora le está hablando en un tono grave y viril, pero bajito. Rollo George Clooney enamorado. Córtale, viejilla, córtale. Pero córtale ya.

Ni de coña. El tío ha apagado el motor.

Doce y media y siguen rajando. Estoy por bajar y decirle "mira, desgraciao, ¿por qué no tienes un poco de dignidad y te vas a un sitio dónde lo puedas conseguir pagando?".

Parece que no va a hacer falta. Mi amá abre la puerta, ya está fuera, coge el bolso, cierra, ¿vuelve a abrir? Agh. Tan bien que lo habías hecho, vieja, no la cagues ahora dándole un pico, que no te lo vas a quitar de encima en la vida. Dios qué desastre.

Ahora debe de estar entrando. Mira que abre callandico la puerta cuando quiere, ¿eh? Si llego a estar dormido pa rato me despierto.

"Buenas noches, mamá". "¿Aún no estás dormido?" "Ya ves". "Ya veo".

Silencio.

“Yo también veo”.

Más silencio.

“¿Y por qué letrita empieza?” “¿Y qué mierda importa por qué letrita empiece, amá?”

Y ahora sí que silencio.

No sé. Igual me he pasado. Pa mí que se va a echar a llorar.

“Eh, déjalo, da igual. Que paso”. “Lo siento mucho, hijico. Lo siento mucho.”
“Que no lo sientas. Que me da igual”.

Bueno, parece que se calma un poco. Igual es el momento de sonreír un poco.

“¿Pero lo has pasado bien?” “Mucho”. “¿Mucho, eh?”

Joder, ya la hemos liado. Ya se ha desfasao. Me dice que sí y se me tira encima a llorarme en el hombro. Más tranquila, ¿o qué? No me pierdas los papeles de estas maneras que todavía eres mi madre.

¿Y de qué me estoy sintiendo tan incómodo? La he visto llorar muchas veces en los últimos meses. Desde lo de papá.

Creo que si en vez de tener las manos en mis caderas las tuviera en las suyas... Sí. Esto ya es más como en las películas. Ahora sólo falta la banda

sonora. ¿Qué musiqueta le pondríamos a esto? ¿Tal vez algo de Thomas Nyman? Tipiquillo, pero funciona.

“No quiero estar sola”.

Qué miedo me estás dando, viejilla. Qué miedo.

“Vamos a la cama. Me estoy sobando aquí”. Y entonces me da un último achuchón antes de soltarme del todo. “Buenas noches, hijo.” “Buenas”. Cierro la puerta, me meto en la cama, pongo el despertador para las cuatro y lo meto dentro del cajón de la mesilla.

Me despierto cagándome en todo. Ese zumbido es inhumano. Y encima tengo la cabeza como si me hubiese pasado con el melocotón con piña. Para cuando paro el pitido ya estoy casi despierto. ¿Qué mierda tenía que hacer yo a estas horas? Ah, sí.

Bajo por las escaleras apoyándome en los bordes, así no chirrían tanto las maderas. Cojo el bolso de la vieja. “Habrás grabado mal el número. Mira se hace así”. Sí, esa es buena.

¿Y este sobre tan hortera? “Para Pilar”, pone. Es verdad que se llama Pilar. Qué raro me suena.

Dentro hay una cartulina con una fecha de hace años. No, espera. Es una foto. ¿Pero qué carajo es esto? ¿Pero qué mierda es esta, Pilar? ¿Qué haces ahí con el desgraciado ése?

SEGUNDO OBSERVADOR

Si mi mujer no se hubiese quedado embarazada de la manera tan histérica en que lo ha hecho yo hubiese podido fumar dentro de mi cama. De esa manera, no hubiese tenido que salir a la ventana de la cocina de madrugada, y me hubiese ahorrado el ver cómo abajo, en el patio interior, y de un solo golpe, el vecino del primero tumbaba a su mujer.

Ha sido un golpe extraño para un jueves de verano. Muy plástico. Un giro de cadera que se acelea en los hombros y termina estrellando un revés de su antebrazo en el cráneo de ella. Me pregunto si habrá aprendido eso también en el gimnasio, y si le hubiera salido igual de bien de estar desconcentrado, digamos, por haber encendido yo la luz de la cocina.

Tal vez él le haya dicho que no se cree que esté viniendo a estas horas de casa de su hermana. Tal vez ella sea capaz aún de utilizar palabras más engatusadoras que un “no me pegues”. Tal vez él no esté borracho. Tal vez ella sí. O tal vez no, porque diría que ha visto la llama de mi mechero cuando me enciendo el cigarrillo.

Como para confirmármelo, dice en un tono algo más alto “No me pegues o chillo”. “¡Venga, chilla!” responde él. Y entonces, sin doblar las rodillas, haciendo tan solo balanza con los hombros, la levanta por el cuello hasta la altura de su ombligo. Luego le da un beso que me dura dos caladas completas, y tan despacio como yo suelto el humo, él relaja su presa. Para cuando termina de abrir la mano está llorando.

De nuevo en el suelo, ella ya no intenta levantarse. Se inclina hacia atrás y apoya las manos en el polvo. Pega la barbilla al cuerpo y hace de su rostro todo ojos y pelo revuelto. Él la mira con la serenidad de un gladiador. Entonces ella va separando las rodillas. Suavemente. Él respira pesado. Cada vez más pesado. Termina por caer en el hueco de sus piernas, por besarla, por hundir las manos en su pelo y besarla con rabia. Sobre el cemento, ella lo abraza con brazos y piernas, mientras él mueve rítmicamente las caderas.

No sé si me apetece ver cómo continúa todo esto, pero mi mujer me libra de decidir llamándome desde el cuarto. A lo peor se está provocando un antojo de Häagen Dazs de macadamia y me hace salir a donde el chino. Así que tiro la colilla aún encendida al otro lado del patio y noto, al salir de la cocina, como sube por la campana un olor a aceite recalentado demasiadas veces.

TERCER OBSERVADOR

En esto él es distinto a otros. No es como ése tan joven que me señala y se ríe, ni como la vieja que me vuelve la cabeza. Él me mira siempre en silencio, sin perder detalle. Observa detenidamente el movimiento de mi pelvis cuando ella se deja montar. Entonces me olvido de todo, hasta que me sacude el espasmo y me giro a buscarlo. Y él me sigue mirando, salvo para sacar esa cajita que lleva de fuerte olor a hierba seca. Saca una barra, la apoya en su boca y le da fuego. Viene hacia mí, me da una palmada en el lomo y nos paramos juntos a ver como ella se aleja con la cabeza gacha.

Más tarde, en casa, me dará de comer, puede que me limpie y me encerrará en el cuarto de la alfombra. Sin haber terminado de girar sobre mí mismo para aplanar las hebras, le oiré sentarse en el sofá desde donde seguirá mirando todas las cosas que se encierran en la caja del salón. Seguramente quemará algo de carne y algo de hierba, y se quedará allí hasta tarde. Observando, sin mí, a las personas de la caja.

Pero esta noche llega a casa mucho más tarde que de costumbre. Más vale que ha venido, ya no podía aguantar más. Mete mucho ruido contra las paredes del pasillo y me llama por mi nombre. Oigo el tintineo de la cadena, y en cuanto abre la puerta de mi cuarto salgo corriendo hacia la entrada. Él, riendo, me engancha la cadena del collar y abre la puerta.

Es muy de noche. Llegamos al parque y me paro en el primer árbol. Mucho mejor. Ahora caminamos despacio. Nos alejamos de las carreteras, vamos adentrándonos en las zonas más oscuras del parque. Él se sienta en un banco y yo me paro a olisquear el tronco de un ábeto. No conozco al terrier que lo ha marcado.

Oigo unos pasos de zapatillas blandas, y al poco, el viento me trae un olor a fruta dulzona. Él se levanta, y me ata a un árbol. Después, se dirige hacia ella. Hablan un momento, la agarran, forcejean. Por fin, la arrastra fuera del camino, tras un seto que me impide ver. No hace falta. Escucho respiraciones, desgarros, y huelo a hembra y a macho y huele a miedo.

Al poco, él vuelve atándose el cinturón. Me suelta y nos vamos. A lo lejos, le veo salir a ella. Avanza un pie en una dirección, el otro en otra, el uno intenta seguirlo, el otro vuelve atrás, se tambalea, se detiene, agacha la cabeza y vomita.